

Adán y la comprensión del lenguaje en la propuesta de John Locke

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

Y “en el principio creó Dios los Cielos y la Tierra”. He aquí el origen de nuestras disquisiciones enmarcadas en el estudio que sobre el lenguaje ha realizado el filósofo empirista inglés John Locke. Con la venia de este pensador retomamos el ya clásico pasaje bíblico para, de alguna forma, entender también aquello que él nos quiere hacer ver. Dios crea el mundo, crea la Tierra y todo lo que la rodea; no nos importe aquí si el universo anda cerrado o en expansión, Él lo creó todo, también a nosotros. Pero su creación no es la de un artesano que toma elementos y materiales para, de sus manos, erigir novedades. Lo maravilloso del cuento es que todo se levantó de la nada por medio de la palabra. Dijo Dios allí, dijo Dios allá, y las cosas que tenemos, la luz que nos acompaña, la oscuridad que nos escarmienta fueron apareciendo mágicamente.

Todo ocurrió de esta forma, según se cuenta, y Locke asume, sin que alguna de las hebras de su largo cabello se despeine, que así fue. Qué lengua haya sido aquella en la que Dios se expresó o a lo menos la que heredó la primera pareja para comunicarse es algo que al

filósofo inglés no le interesa rastrear. Podría tener a bien que se hubiera tratado del primitivo hebreo, tal como lo sugirió san Agustín; o de una lengua mucho más antigua de la que solo queda rastro en la traducción hebrea, tal como lo supone Leibniz. El hecho es que la preocupación de Locke no va por este lado. Es más,



¹ Licenciado en Filosofía y Letras. Escritor. Profesor del Departamento de Humanidades adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales. Correo electrónico: lufevata@hotmail.com

en algún momento de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (2007) el filósofo comenta sin ambages que él no pensó nunca en hablar del lenguaje; le tocó, a fuerza de notar su inextricable relación con el conocimiento.

Pero ustedes se preguntarán entonces para qué he tomado el pasaje bíblico, para qué les he recordado la creación que ya conocen y la acción de la palabra divina sobre la nada. Bien, en primer lugar, porque no me queda difícil ver en Locke a un agraciado creyente que adopta sin problemas el modelo establecido respecto al establecimiento del lenguaje y, en segundo lugar, porque el mismo filósofo ejemplifica las relaciones de

los hombres con el entendimiento y las cosas echando mano del desnudo Adán que, no sin aprietos con Eva, supongo, se aventuraba en ponerle los nombres a las cosas, tal como quedó establecido en la orden divina. Dios no encargó tal labor ni a urracas ni a loros, que teniendo la facultad de articular sonidos, no pueden articular lenguaje o, en otras palabras, comunicación. Dios dejó esta labor a Adán y a Eva y, con ellos, a toda su generación (y degeneración) hasta nuestros días.

Me valgo pues de la primera pareja para apreciar, como en un espejo, la delectación con que los hijos de Dios construimos lenguaje. Ya lo hemos dicho, no solo disposición para emitir sonidos, sino capacidad para entendernos por medio de las palabras.

En sintonía con lo que Locke orienta en su *Ensayo*, la naturaleza humana está caracterizada por el hecho de que el entendimiento es cual papel en blanco que solo precisa irse llenando de conocimientos. Todo lo que se va inscribiendo en aquel papel no es más que experiencia y, para Locke, no puede ser sino experiencia, entendida esta ya sea como sensación o como reflexión. Como hubiera sido, Adán solo puede pensar las cosas en la medida en que las experimente ya que no cuenta con ninguna idea innata, a lo mucho con disposiciones como aquella de formar sonidos articulados.

Como lo definirá Locke en el mismo *Ensayo*, todo lo que nace de la experiencia, sea de las sensaciones externas o de las reflexiones, son sencillamente ideas. Quizás la piedra angular del texto es este término, *idea*, bien que Locke incluso llega a disculparse de repetir tanto esta palabra a lo largo de su escrito. Vistas las cosas en clave de Adán, el hombre



percibe y llena su pensamiento de ideas; ideas con las que, no obstante, aún nos resta hacer cierta diferenciación. En primer lugar, todo el deleite con el que Adán concibe la creación que lo ampara se le impone con la certeza de una idea simple. Todo lo que percibe en su experiencia externa, sin reparos de ninguna clase, no son más que las primeras ideas simples con las que su entendimiento tendrá las primeras líneas escritas. No sobra anotar que las ideas simples son aquellas experiencias que tenemos de cualidades primarias (como la extensión o la solidez) y de cualidades secundarias (como los colores, los olores o los sabores).

Pero nuestro conocimiento no se reduce al inventario de cosas a través de las ideas simples. Ya que ellas mismas, escritas en nuestro entendimiento, se mezclan, se comienzan a confundir para operar como ideas que, ahora, combinadas, llamamos complejas. No obstante, de la amalgama no necesariamente se sigue la misma certeza que tienen las ideas simples por sí solas. Por ejemplo, Adán se vería forzado a pensar que las cualidades primarias y secundarias que percibe en su Eva las soporta una especie de sustrato o, en otras palabras, una especie de esencia. Pero qué sea ello, no lo podría asegurar. Se engañaría si lo hiciera, porque no tiene de dónde tomar esa ‘sustancia’ que parecen tener todos los seres que le rodean. En tal sentido, Locke aleccionaría a nuestro Adán impidiéndole abstraer lo que simplemente no percibe, aquel “no sé qué” que no tiene explicación.

Vistas de tal forma las cosas, podríamos ir poco a poco a las nociones que acerca del lenguaje constituyen el parecer de John Locke. Quedan aún algunas otras versiones de las ideas, pero, por

lo pronto, iremos relacionando las que llevamos con el lenguaje y su función en el conocimiento. Al respecto, pues, dice Locke que “fue necesario que el hombre encontrara signos externos sensibles, por los cuales las ideas invisibles de que están hechos los pensamientos pudieran darse a conocer a otros hombres” (2007). En tal sentido, vemos a nuestro Adán y a su Eva cazando las palabras para señalar sus ideas o, mejor, dando significación verbal a lo que es una idea simple. Una palabra, en este caso, representa algo previamente significado. Y, en este punto, Locke nos subraya, no la arbitrariedad de nuestras ideas en el pensamiento, sino la de las palabras que significan esas ideas. La relación no es natural porque si lo fuera todos emplearíamos la misma lengua para comunicarnos. He de suponer, como también lo resalta Locke, que de este hecho nacieron múltiples discusiones entre Adán y Eva acerca de las palabras y lo que cada uno entendía significaban esas palabras.

Pero aún más allá de la primigenia denominación de las ideas simples en el entendimiento, Locke ve como un punto de gran realce el hecho de que el lenguaje haga uso de términos generales por los cuales se señala una multitud de existencias particulares. Muy necesario será para Adán poder ordenar las semejanzas que observa en la naturaleza de acuerdo con palabras que logren agruparle las ideas simples que nota tan diversas. Solo le faltaría ver otra mujer —mal para Eva— para que en semejanza con lo que ya conoce designe un término que las reúna a ambas.

Por supuesto, es de suponer que la primera objetará que se le llame ‘mujer’, pues ella cuenta ya con su nombre propio: ‘Eva’. Y de igual forma, algo pare-

cido ocurrirá tras el nacimiento de Caín y Abel. Locke sabe que es imposible que cada cosa particular tenga un nombre, así que resulta muy justo para Adán y Eva distinguir mediante el uso de su lenguaje lo que pertenece o no a una especie. Al respecto, no debió faltar la polémica, por ejemplo, si al ver por primera vez a un murciélago y nombrarlo les quedaría más fácil contarlos entre los pájaros o los mamíferos. Como a los ángeles ya los tenían conocidos, no creo que hubieran tenido mucho problema en mantener a san Miguel entre tales.

Locke lo expondrá con mayor amplitud cuando indica cómo un niño va formando términos generales al retener lo que es común a personas particulares. Así, el niño conoce a su padre, a su madre y a su nodriza, pero luego se da cuenta de que el término no es exclusivo suyo sino que otros como él comparten aquellos nombres de personas particulares. Luego comprenderá que el término ‘nodriza’ se emplea también en América para referirse a un “alfiler que se abrocha de modo que no puede abrirse fácilmente” (cf.: *Nuevo diccionario de americanismos* [Günther & Reinhold, 1993]). Este es el camino que va de los términos particulares a los generales, pero debemos tener cuidado pues en algún momento la senda se torna pedregosa al tocar la noción de idea abstracta que nace del examen de particularidades entre ideas complejas. Por ejemplo, dice Locke, si examinamos las ideas complejas de ‘hombre’ y ‘caballo’ y retenemos lo que asemeja a ambas, damos con una nueva idea que significa ‘animal’. Y continúa Locke diciendo que si avanzamos por este mismo camino llegamos a ideas como ‘cuerpo’, ‘sustancia’, ‘ser’ o ‘cosa’, términos que para el filósofo inglés no son menos que conflictivos. Y supongo que también para el pobre Adán.

Todo esto para enfatizar, además, que lo general y lo universal no existen en las cosas sino en el entendimiento que se vale de estas creaciones suyas para facilitar la comunicación sobre las cosas particulares que, en sí, no pueden ser todas especificadas. Dice Locke:

No es que las palabras generales signifiquen algo en particular (porque entonces serían términos propios); tampoco significan una pluralidad, ya que ‘hombre’ y ‘hombres’ no significan lo mismo y la distinción de número sería superflua e inútil. Lo que significan las palabras generales es una clase de cosas, son signos de ideas abstractas (2007).

Pero ya con las ideas abstractas las cosas se hacen más distintas, porque bien sabemos que Locke no va con aquellas cosas que suponemos detrás de bambalinas, como sustratos o esencias. Mas, ya que el entendimiento está de cierta forma condicionado a suponer esencias, Locke atenúa sus reservas y más bien trata de explicar lo que con ellas ocurre.

De tal forma, procede a mostrar dos clases de esencias, a una llamará ‘real’ y a la otra ‘nominal’. Todos, incluido Adán, suponemos que cada cosa tiene una esencia real “de la cual participan las cualidades que nos ayudan a distinguir una cosa de otra”, y, así, como ya lo hicieron en el paraíso que hoy recreamos, Adán y Eva ordenan las cosas en clases de acuerdo a las semejanzas que se observan.

Lo que debe notarse, en todo caso, es que en las ideas simples la esencia real y la nominal, por su naturaleza, son las mismas. El ejemplo es de Locke: “Una figura que encierra un espacio entre tres líneas es la esencia real y asimismo la

esencia nominal de un triángulo” (2007). Así ocurre con toda idea simple; al solo mentarse la palabra que la signifique la mente identifica la existencia real de lo nombrado. Extraño sería que Adán y Eva hubieran discutido sobre el rojo atardecer o el azul del cielo, que al hablar de ellos, sin lugar a duda, mostraban lo bien que se la llevaban.

Pero tal identidad entre esencia real y nominal no es tan así en las sustancias. De nuevo, el ejemplo nos lo da Locke al hablar del anillo de oro que lleva en uno de sus dedos. Si bien atribuimos a la materia que compone el anillo la esencia nominal de oro, desconocemos la constitución real, o esencia real, de aquello que tiene las características comunes del preciado metal. Es decir, conocemos las cualidades (color, peso, solidez) que hacen que llamemos ‘oro’ a cierto elemento, pero no sabemos qué es lo que reúne a estas cualidades. Por lo mismo, se debe resaltar que la definición de los términos de las ideas simples se agota al indicar o señalar las cualidades. Mejor dicho, no se definen con palabras: “La única manera consiste en aplicar a sus sentidos el objeto adecuado, y de ese modo provocar en sí mismo la idea de la cual ya ha aprendido el nombre”, dice Locke (2007). Y de otro lado, los términos de ideas complejas son definibles en tanto tengamos en el entendimiento claramente las ideas simples que los conforman.

Aún nos quedan algunas ideas que, presentadas fríamente, parecen ser la antítesis de las ideas simples. Podría pensar que son las ideas que surgieron cuando Adán y Eva discutían sobre el equilibrio en los manejos de la economía del hogar o sobre la esperanza en la vida eterna. Hijos del entendimiento, los modos mixtos —como los llama Locke—

son ideas perfectamente arbitrarias en las que coinciden tanto la esencia real como la nominal, ya que ni la una ni la otra se apartan del entendimiento. No hay modelos para los modos mixtos. Así, se pregunta Locke si el adulterio o el incesto tienen objetos en la naturaleza que muestren si son o no correctos. Nada de eso, dice el filósofo. En los modos mixtos “la mente reúne arbitrariamente en ideas complejas aquellas ideas que le parece conveniente reunir” (Locke, 2007). Cuando lleguen Caín y Abel, y con ellos más problemas, ya serán entendidos términos como homicidio; pero, aún más, sin tener nociones de tragedia griega, se entendería la idea del parricidio sin necesidad de presenciar el acto que Edipo cometió yendo camino de Tebas.

Buena forma esta de ver nacer las palabras en los diferentes aspectos de la vida social y de comunicación, pues no de otra forma, advierte Locke, se evitan las circunlocuciones y las amplias descripciones si un solo término puede reunir las ideas que queremos expresar. Por lo mismo, también se notan las dificultades que estas palabras tienen para ser traducidas entre las lenguas, ya que bien notamos que unas sociedades requieren de unas palabras más de que otras.

Labor pues de la primera pareja fue ir dejando testimonio, en su lengua, la que hubiera sido, de las primeras palabras, de las primeras ideas que albergaron los pensamientos. Y a medida que las sociedades crecían, nuevos términos, nuevas mezclas entre las ideas exigían ampliar el vocabulario. ¿Cómo llegar a consensos? ¿Cómo acercar a las generaciones nacientes las palabras que también iban naciendo? Rastrear el hecho históricamente debe ser algo muy complejo, pero podemos suponer bellamente que a Eva pudo corresponderle la primitiva labor

en la que adhería a los objetos un papel con el nombre respectivo a ellos. Como cuando en Macondo, presa de la peste del insomnio, la gente llegó a perder las palabras y solo quedaban los papeles sobre todos los objetos. Así, los árboles tenían sus escarapelas, los vejestorios de la cocina su identificación. Todo iba carnetizado. Todo, sin excepción. En la misma sintonía, en *Los viajes de Gulliver* (Swift, 2003) hay un fragmento en el que, de acuerdo con la noción de que las palabras son las ideas de las cosas, una comunidad, para perfeccionar su comunicación, fue optando por andar cargando las cosas y expresarse por su uso. Algunos incluso llegan a servirse de “robustos hombres” que ayudan a cargar los objetos necesarios a la comunicación. La ventaja del invento —decía Jonathan Swift— radica en la posibilidad de hacerse comprender en todas las civilizaciones así se desconozca la lengua del lugar al que se llega.

Amén de las ficciones, reflexionamos un poco en torno a la verdadera relación entre las palabras, las ideas y las cosas. Sin embargo, los problemas son inevitables. Dice Locke:

Tenemos necesidad de nombres generales, aun cuando nos sean desconocidas las esencias reales de las cosas, así que todo cuanto podemos hacer es reunir aquel número de ideas simples que, por el examen, encontramos unidas en conjunto en las cosas existentes, y de esa manera formar una sola idea compleja (2007).

La labor es exclusiva del entendimiento y, por supuesto, está sujeta a errores, errores que de alguna forma atraviesan la comunicación humana. Los errores, advertirá el pensador inglés, se deben sobre todo a que, en aras de la

clasificación en especies o géneros, el entendimiento adopta una concepción parcial de lo contenido en la especie y, a la vez, la especie toma parcialmente lo que se encuentra en el individuo. Y con todo y parcialidades, nos comunicamos, e incluso Adán y Eva se entendieron, porque su búsqueda radicó en tratar de entenderse mutuamente. Claro, no les faltaron problemas y, de tenerlos, todos debemos, entonces, sugiere Locke, revisar qué es lo que entendemos por las palabras con las que nos expresamos. He ahí la real fuente de las discusiones: que no nos hemos puesto de acuerdo sobre las ideas de nuestras palabras. Al respecto, este es como un pequeño guiño que retomará Wittgenstein. Pero esto es harina de otro costal.

Lo que queda es que, si de pronto a nuestro Adán le da por dedicarse a la filosofía, se procure un mejor uso del lenguaje, ya que es en tan bella rama del saber de donde pende la claridad del discurso. Locke le perdonaría que en discusiones con Eva y con su prole abusara y hasta hiciera daño a la comunicación. Pero, bueno, ya a lo largo de la historia tenemos múltiples ejemplos de abusos del lenguaje: palabras sin sentidos exactos o tan siquiera aproximados; discursos llenos de rodeos o circunloquios; vaguedad o ambigüedad en la expresión de ideas; aplicación de palabras a ideas distintas de las que se tienen establecidas. En fin, difícil será que nos libremos de algunas de estas complicaciones a las que todas las lenguas resultan tan permeables.

No obstante, como vacuna de diversos de estos males aparecen continuamente los diccionarios (y recetarios) de las Academias. Así, con todo y que van como contrachas en el paso del tiempo y en la falta de unidad de los pueblos que en

diversas lenguas se comunican, se esfuerzan por pulir, brillar y, si es del caso, dar esplendor a nuestras expresiones. Como se trata de un ser vivo, la lengua se transforma continuamente y, no solo nuevas palabras, sino nuevas acepciones de las ya conocidas se suman al ideario con el que debemos contar si de entendernos se trata. Cada generación habla distinto, incluso llega a cerrarse como un gueto en el trato íntimo de términos que llegan a convertirse en otro idioma para los vecinos. Es por lo mismo que cada nuevo diccionario al día siguiente anda desactualizado, confundido en lo que en poco tiempo dejó de significar lo que significaba.

Por demás está decir que nuestro Adán se queda corto para servirnos de referencia al contemplar el hilo del que puede pender un estudio sobre el lenguaje, sobre las palabras y las cosas. Aquí el personaje del *Génesis* nos ha servido para ir llevando de la mano la investigación del inglés John Locke, es decir, tiene su rasgo didáctico. Pero bien sabemos que incluso el primer hombre y sus primeras palabras —el encargo divino— dieron para disputas y reflexiones entre los profundos pensadores medievales, a los que todo lo que tuviera que ver con el Señor les despertaba sutilezas.

¿Con qué lenguaje encarga Dios que Adán cree lenguaje? ¿Es entonces el lenguaje una invención de Dios o de los hombres? Y raro fuera suponer que alguno callara. Así, conocida es la polémica entre san Basilio y Eunomio al respecto, debate al que acude también presuroso san Gregorio Nacianceno. Y, tarde, como espectador idóneo, Jean Baptiste Lacordaire, en el siglo XIX, nos vino a hablar del “rayo adánico” por medio del cual el primer hombre “entendió” lo que debía hacer, especie de estado de gracia por el

cual Dios se hizo comprender de Adán. Como muchos de los problemas nacidos de la lectura atenta o mística de todos los textos sagrados, este logra animar la imaginación. Por lo mismo, reitero que apenas me he valido ingenua, aunque pedagógicamente, del personaje, no aduciendo que las complicaciones que conlleva como primer hombre estén resueltas. Todo lo contrario.

Tan es así que, de Platón hasta nuestros días, seguimos contando con perspicaces disquisiciones sobre los problemas del lenguaje. Ya lingüistas, ya filólogos, ya filósofos —como Locke— apuntan algunas señales sobre tan espinosos asuntos. Y nosotros solo alcanzamos a reseñar algunas versiones que, a discreción, hemos recordado dentro de la ingente montaña de bibliografía, sirviéndonos Locke como punto de partida, en ningún momento de llegada y mucho menos de solución. No podríamos decir que muchos hayan quedado satisfechos con la definición que él hace de semiótica, por ejemplo, tan aristotélica en su forma y otros, como Donald Davidson, hayan quedado a gusto con su relación entre las palabras y las cosas ya reseñada. El filósofo inglés, Locke, echa apenas un atisbo; interesante, sí; claro, también, pero es un vistazo entre muchos otros que nos hará falta tiempo para explorar. Quizás allí está el encanto de lo que hacemos: el tiempo siempre apremia, o nos faltan las fuerzas para, simple y llanamente, abarcar un problema con una sola mirada. En bruto, la realidad nos sorprende y nos llena de interrogantes. Los interrogantes quedan y las tentativas respuestas alimentan la historia del pensamiento. Nosotros, de ser juiciosos y atentos, podemos esperar que nos toque la recolección de alguna cosecha, aunque no tengamos certeza de dónde se encuentra la verdadera siembra.

Quedan, a un lado, las preocupaciones por las lenguas, sus signos, sus gramáticas, sus unidades y sus alteraciones (todo un saber, toda una ciencia) y, de otra parte, tenemos la perenne preocupación filosófica en la que vinculamos férreamente al conocimiento con el lenguaje (toda una historia).

A la evidente diversidad de las lenguas, ¿cómo reconocer un conocimiento universal y cierto del mundo y del hombre? La filosofía moderna ha mirado con detenimiento el asunto en aras de discutir lo que a ella le ha sido singular: el problema del conocimiento. Sin embargo, la discusión se queda entre los filósofos, olvidando otras voces, otros estudios, las fuentes de un panorama distinto y, por qué no, saludable para las fatigas en las que terminan nuestras discusiones. A la memoria me viene el danés Louis Hjemslev y sus aportes a los estudios lingüísticos del siglo XIX, que veo similares, en el fondo, a los realizados por John Locke a finales del XVII, y noto que las relaciones también están por realizarse (aunque, de poco enterado, de pronto también las desconozco).

Hoy contamos, entonces, con un lenguaje que, a despecho de los más entendidos, sigue faltando a la claridad conceptual e incluso a la honestidad intelectual. El engaño no solo habita nuestras formas de actuar sino también de expresarnos. Y no se trata de entender que, después de Babel —tomando prestado el título de una obra de George Steiner—, reconocamos la diversidad de nuestras lenguas; no, en nuestras propias palabras somos engañados por

la política, la publicidad, la propaganda y las más consolidadas imposturas intelectuales. Claro, a otro lado contamos también con las limitaciones de nuestro lenguaje, de las que filósofos bien distintos nos han llamado la atención, como Wittgenstein y Gadamer, e incluso un clásico poco referenciado en los claustros universitarios como Giambattista Vico. Otra cosa también es suponer que la claridad y el rigor conceptual son, más que característicos, exclusivos de las corrientes analíticas de la filosofía. Concepción que es como una jaula de oro en la que habitan muchos pájaros que hacen metafísica.

Nos queda por reiterar las invitaciones al diálogo entre los estudiosos, entre todas las fuentes de las que mana el saber, aquel del que alguna vez el clásico Terencio dijo que, por humano, no quería tener como ajeno. También nos alecciona la invitación lockeana de sanear nuestras palabras y expresiones. Y no se trata de “madrazos” e interjecciones que hasta de lo claras alteran nuestros nervios. Se trata de llegar al punto en el que, tranquilamente, podamos entendernos con las palabras que empleamos.

Referencias

- Günther, H. & Reinhold, W. (1993). *Nuevo diccionario de americanismos*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Locke, J. (2007). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Editorial Porrúa.
- Swift, J. (2003). *Los viajes de Gulliver*. Madrid: Editorial Valdemar.